
Gacetilla nostálgica de don Hilario del Pino, dice él, Marqués de Povedilla

Pedro Cuellar Llanos

Todos los días, desde Dios sabe el tiempo, las campanadas de la una del mediodía en el reloj de la plaza coincidían con la campanilla de la vieja puerta de pino gallego y cristales, eso ya no era noticia, aunque sé que hubo tiempos en los que hasta se cruzaron apuestas. Rara vez falló, y siempre por causas mayores, como en aquella gripe aristocrática del 62, incluso entonces, con la casera, mandó un mensaje de disculpa, como el que falta a misa en día de precepto.

Don Hilario abría la puerta del local a esa hora en punto, echaba una mirada al ambiente y con el semblante del que va a casarse sin quererlo, se acercaba a la barra, parsimonioso y poderoso en el porte. Normalmente variaba el condumio que no el bebercio, un vermut negro de barrica y con sifón, a veces lo alegraba con un chorrito de ginebra, la verdad es que las menos y gracias a Dios, porque a la que se le soltaba la lengua, las cosas se podían complicar. No es que tuviera mal beber, ni mucho menos, pero si en condiciones normales había que escucharlo, achispado para qué vamos a contar. Comía poco, no más de tres tapas, quizás debido a que deseaba mantener ese porte aristocrático de figura aún recta y enjundiosa. Verlo aparecer con el bastón de mango de cabeza de galgo plateada, la perilla blanca y puntiaguda como la de un Quijote cuerdo y compuesto como para boda, hacía con su sola presencia que el local retrocediera muchos años en el tiempo. Levantaba la mano como el que manda al mayordomo y decía:

- ¡Miguelito! Un *“bienmesabe”*.

Después echaba una mirada a su alrededor, como dando el visto bueno, y pedía una tapa. A todas y cada una de ella le sacaba un soniquete, después de investigar la receta con la bendita y paciente Doña Angustia, la cocinera de toda la vida. Del salmorejo con jamón soltaba sin el más mínimo asomo de verguenza:

- *Deja un remusgillo travieso que atraviesa un par o tres de sentidos.*

Se quedaba tan ancho como alto y le pegaba un tiento al vermut. Doña Angustias, como todos los días le explicaba:

- *Mire usted Don Hilario, el salmorejo lleva su “poquino” de ajo, pan “remojao”, tomate maduro, la sal y el aceite que hacen en mi pueblo, la pacencia y los quereres también cuentan pero ya se lo diré mañana.*

Y la pobre se volvía a sus quehaceres con la misma cara que trajo cuando se vino de no sé qué pueblo de la Siberia de Extremadura, entre triste, esperanzada y con esa sonrisa que te deja dudas.

Si pedía habitas con yerbabuena...:

- *Envuelven como un tolván salvaje y persistente.*

Y se arrimaba otro buche. Por último, como si fuera un ritual pagano, se volvía con la copa en alto y con toda la dignidad que los tragos permitían, pedía:

“Miguelito, otro “bienmesabe”.

Había que estar pendiente, si te guiñaba un ojo era con chorrito. Siempre terminaba con la que solía llamar “la reina sin corte”, es decir, el pincho de tortilla. La llamaba así porque, según él, estaba sola en la grandeza y lo que le parecía más importante, sobrada en su soledad.

- *Como toda reina que se precie*-decía chasqueando la lengua y saboreando el vermut.

Para mí que se refería a la soledad del expositor, pero a él le gustaba hablar así. Presumía que sabía el truco para que la “reina” quedara jugosa.

- *Yo lo sé, he visto mil veces a la Angustias ponerle un chorreón de lo que da la teta de la vaca.*

Y soltaba un estruendo de risotada que no producía alegría sino todo lo contrario.

Solía reunirse con un grupo variopinto y muchas veces bolsero. Un eterno estudiante de medicina, con carné de taberna en vez de biblioteca, de pelo rubio rizado y mofletes sonrosados, él lo llamaba “Querubín”.

Un comerciante jubilado, antiguo dueño de una tienda de ultramarinos, de aquellas que olían a escabeche y papel de estraza, “Yerbatero” lo apodó, por aquello de que también vendía hierbas y verduras de su propio huerto y el que hacía más migas con él, “Gañan”, un robusto y achaparrado cortijero de manos rudas y callosas, negro de barbechos y pocos surcos en la piel, pero profundos. Este, ahora y desde hace un tiempo, vivía la vejez lejos de los campos con su hija. De inmediato se le notaba la tristeza en el semblante, pero la relajada, no esa que te cierra la garganta y te deja moquera.

Hubiera dado una mano por haber tenido la precaución y la previsión de anotar las conversaciones de aquellos entonces. Sobre todo las del Marqués, al tercer o cuarto “bienmesabe” la nariz se le sonrojaba y la lengua soltaba lastre.

- *Querido “Querubín” no te olvides que las palabras son como las pesetas, no regatees cuando algo vale la pena, pero no las desperdicies.*

Es de las pocas que me acuerdo. Solía referirse al estudiante, no creo que por sabiduría, sino más bien por una obligada e interesada audiencia, y eso, a fe mía, al señor Marqués lo sacaba de sus entretelas, acostumbrado a tertulias de Perogrullo, la diaria visión de unos ojos, casi infantiles y dispuestos a tragarse todo si en el menú estaban los bocadillos. A la larga cambiaba los ahorrillos por copichuelas nocturnas y presumidas, eso sí, sin tapas, esos eran dominios del Sr. Marqués.

El muchacho siempre asentía porque la mayoría de las veces lo pillaba masticando o engullendo no se sabe cual montadito, muchas veces me daba la impresión de que lo único que se echaba al cuerpo en el día eran los cuatro o cinco que se comía, y de postre un chipirón a la plancha con remolacha

- *Para bajar el pan -decía.*

Como este no solía contestarle, Don Hilario daba por sentado que aceptaba su perorata, así que a cambio de hacerse cargo de la cuenta, se explayaba.

En su momento establecieron una norma que continuaron cumpliendo, al menos que yo recuerde, no se podía hablar de mujeres, ni de toros, ni de futbol, ni de religión, a no ser que la conversación fuera didáctica, y como ninguno de ellos, a excepción del “Querubín”, algo más estudiado, sabía lo que significaba esa palabra, pues todos aceptaron y aquí paz y después gloria. “Gañan”, más acostumbrado a hablar con los ojos y con las expresiones que con las palabras, era el menos participativo y, sin embargo, el que mejor se llevaba con él, siempre pedían las tapas al mismo tiempo, hasta en eso se compaginaban y a los consabidos soniquetes del marqués, el cortijero respondía con los ojos y con una tenue reverencia, más propia de la costumbre que del respeto:

- *Como usted diga Don Hilario.*

El chaparrete negruno bebía tinto peleón con una tapa de bacalao seco remojado en un escabeche típico de la tierra de Angustias.

- En mi pueblo le dicen el bacalao de los borrachos y se toma por la Coronada con el pitarra del año, hay que tostar un par de hojas de laurel y majarlas con ajo, comino, azafrán, aceite y vinagre, rebajarlo con agua y dejarlo unos cuantos días hasta que el bacalao no pida más vino, eso es lo difícil, por eso le dicen el de los borrachos.

Y de nuevo se echaba al hombro esa sonrisa que te aturdiría y a la vez te hacía sentir añoranza de no se sabe qué sitio.

Don Hilario decía que esa tapa era plebeya, pero de buen uso, porque a poco que tuvieras un mínimo de imaginación, lo salado te recordaba a Chipiona. Posiblemente este sitio no tenía nada de especial, lo más seguro es que fuera la única costa que conocía. Después lo miraba con la condescendencia que no lleva menosprecio, sino todo lo contrario, y le arreaba un par de palmadas en la espalda:

- Buen muchacho este “Gañan”.

Según él, este gesto hacia un hombre, era lo mismo que darle un beso a una dama:

- Las palmadas en la espada deben ser como los besos, ni fuertes, ni ruidosas, sino cálidas y silenciosas, lo mismo que las pavías y ya que estamos, pon un par de ellas, Miguelito. Y que conste que no me estoy saltando la norma, que a lo que se ve ya se hizo ley, es un comentario didáctico y como tú sabes amigo “Querubín”, si quieres otro montadito, dime que sí, porque si no te vas a comer las mugres limpias, pero mugres, que te manda tu madre del pueblo.

Así era él, a veces sideral, otras mundano, de cualquier forma diferente.

Ahora, al cabo de los años, el mostrador ya no es de madera, ni tan siquiera el reloj de la plaza da las campanadas, ni suena la campanilla de la puerta, de hecho ya no existe esa puerta, la cambiamos cuando se hizo la reforma que nos impuso la ley, Doña Angustias se fue y dejó su sapiencia y su recuerdo. Sin embargo, aún me pregunta mucha gente porqué la tapas tienes esos nombres tan raros.

Se me viene un regusto de nostalgia cada vez que alguien me pide:

- *Don Miguel, una de “remusguillo” y otra de “tolvanera” y pon dos “reinas” para los niños, después para el centro pones lo del “querubín”.*

Ninguno sabe quién era el “Querubín”, ni por qué a la tapa de tortilla la llaman “reina”, tampoco creo que sepan de la, ahora, angustiosa soledad de esa tapa, ni pienso que la vean grande en el palacio.

El estudiante hace muchos años que ya no aparece, Dios nos coja confesados si logró hacerse médico, pero la bandeja de montaditos variados aquí se llama así, lo mismo que un “*postre*” es un chipirón con remolacha y una “*silenciosa*” es una pavía.

Nadie sabe ahora quién fue Don Hilario, ni tampoco si de verdad era Marqués de Povedilla, él lo decía orgulloso, lo que sí sé es lo que me enseñó. A veces, vivir de sueños deja más surcos en la memoria, que la olorosa y persistente realidad. O lo que es lo mismo, no sabe igual un salmorejo que un “*remusguillo*” o unas habas que una “*tolvanera*”.

Quise aprender, pasé a ser de “Miguelito” a Don Miguel, dejé de ver la recta y aristocrática figura de un personaje a todas luces, desde el punto de vista de hoy, falsa, para enfrentarme a las jorobadas y plebeyas peticiones cotidianas. Tentado estuve de mandarlo todo al carajo cuando a la semana de desaparecer, sin dejar rastro ni nota de la casera, me di cuenta de que Povedilla, si es que ese sitio existía, se había quedado sin marquesado. Poco a poco los amigos de orejas también fueron descabellados como toros mansos. Del único que tuve cierto conocimiento fue del “Gañán”. Un día vino una señora vestida de negro y con ojeras, pidió un tinto y una tapa plebeya, aún me pregunto cómo sabía ella de ese nombre y lo que es más difícil, cómo me dio a mí el viruji, siendo corto de entendederas como soy, de ponerle bacalao de los borrachos y preguntarle por el que, a la postre, era su padre.

- *Se fue contento, me dijo que quién le iba a decir a él, después de tantos años de soledad en el cortijo del señorito, que a la vejez iba a conocer a la verdadera realeza. No le gustaba el bacalao, pero siendo del populacho no le daba el cuerpo, que sí el pecunio, para “remusguillos”, ni para “tolvaneras”.*

La buena señora vino a enterarse de lo que significaba todo aquello. Lo que al principio atribuyó a la demencia senil, resultó ser el acicate que lo mantuvo en vilo y con ciertas dosis de esperanza al final de su tiempo. Después de contárselo, me quiero pensar que al Señor Marqués no le faltaron lilas ni nobles orquídeas en lo que, no quise saber dónde, fue su último destino. Bien es cierto que acerté avisando de que procurara no llevar flores de las que usa la plebe, como margaritas o claveles, ni tampoco mencionar el nombre de las tapas que se había aprendido. No me quiero imaginar la noble indignación de un muerto cortesano que resucita por falta de “bienmesabes” y de “remusguillos”. Dios nos coja confesados y si cabe, bautizados, bendecidos y, si puede ser, bien comidos.
